

Wilfred Patrick Thesiger, el último aventurero, el último explorador, el último nómada, el primer viajero del siglo XX, era un señor inglés alto, enjuto, de leonina cabeza, enorme nariz romana con joroba en medio como sus amados dromedarios y unas orejas más grandes y alargadas que las del actor Clark Gable.

Su piel conservó hasta su muerte en un hospital de Londres, en el verano de 2003, a la edad de noventa y tres años, el color de los desiertos. Su rostro aparecía burilado, surcado de profundas arrugas, y sus ojos grises, tantas veces deslumbrados y achinados por los soles y los vientos de África y Oriente, eran los del cazador, escrutadores, atentos a la menor alteración en su campo visual donde aullaba furiosa la muerte.

Su mentón era de granito, sus cejas mefistofélicas. Pudo conservar con el peso y el paso de los años la cabellera intacta, blanca, ondulada como las dunas con el sol por turbante.

Sir Wilfred Thesiger, de familia de remoto origen alemán, caminaba con pie todavía firme hacia su centenario, pero una grave indisposición le planteó la cita final con el destino. En sesenta años de viajes nunca cayó enfermo ni incapacitado salvo un caso, sólo uno, de malaria aguda. Falleció cuando me disponía a visitarle en Londres. Había aceptado una cita en el que fue el apartamento de su madre en Chelsea o en el condado de Surrey para repasar algunos pasajes de este libro. Se mostró complacido de que se publicara su biografía en España, un país que conocía bien, sobre todo el Sur, donde una vez un miura le lamió la mano. El último explorador es territorio inexplorado. Tonto de mí, llegué a creer que el viejo era inmortal. Tan sólo acerté a plantearle una pregunta a la espera de nuestro encuentro:

—¿Cómo le gustaría que le recordaran?

—Me encantaría que leyeran mis libros y compartieran mis experiencias. Los más jóvenes me dicen que les gustaría vivir mi vida. Eso es lo que me vale.

En su retiro vestía, alto y erguido, elegantes chaquetas de tweed con pañuelo de seda en el bolsillo superior, camisas y corbatas de la calle Savile Row de Londres, pantalones oscuros y sombrero de ala ancha, un reloj de bolsillo con cadena de plata. Le daba un aire de Sherlock Holmes. Siempre, en el desierto, en la selva, vestido de beduino o de caballero inglés, fue un hombre elegante, lo más parecido a un dandy. Ya se sabe que la elegancia no depende de la ropa sino del esqueleto. Había cambiado el vestido tribal por el tweed y el fusil por el paraguas.

En su larga y provechosa vida en Arabia, Asia y África, «hecha de arena y silencio», necesitó de los dos sentidos, del olfato para oler los peligros y el oído para escuchar entre las dunas no sólo la canción de la arena sino la aproximación de los enemigos, bandoleros, intrusos o fieras salvajes. Y tenía la intuición, el instinto de los hombres que cabalgan sobre un tigre en regiones en las que el silbido del viento era el único signo de vida.

A los veintitrés años resolvió uno de los últimos misterios africanos, el destino del río Awash en Abisinia, más tarde llamada Etiopía. Logró superar con vida el peligroso territorio de los danakiles o afars, en el que tantas expediciones sucumbieron a la mortífera emboscada. «La noticia —afirmó entonces— de que tres expediciones previas habían sido exterminadas me dio aún más ganas de partir.»

Se instaló durante cinco años en la Arabia del Territorio Vacío (o la Región Vacía o el Cuarto Vacío); vivió ocho años con los árabes de los pantanos en Irak. Hoy los viajeros, en general, no viajan, llegan. Sir Wilfred Thesiger no fue un mero espectador del paisaje: escaló los montes del Tibesti en el Sáhara entonces francés, fue el primer extranjero que entró en el oasis de Liwa, el primero que se acercó a las arenas movedizas de Umm as-Samim, que dejaron de ser una fábula; recorrió palmo a palmo el Sudán Ecuatorial, exploró las cordilleras de Pakistán hasta la frontera china, viajó codo con codo con los hazaras de Afganistán, encargado por el Gobierno británico de huronear en la zona; luchó contra las plagas de langosta, cruzó los desiertos de Irán, pero a pie o en camello, no como yo, que lo hice en coche. Wilfred no me lo hubiera perdonado nunca,

aunque fue siempre un tanto hipócrita en este terreno. También él se subió a los coches. Atravesó Etiopía en mula, el Yemen en burro, a caballo el Kurdistán y Kenia en camello. Trabajó para los servicios secretos británicos en la Segunda Guerra Mundial y tuvo el honor de que el mariscal Rommel ordenara su caza y captura.

Combatió en la guerra civil del Yemen (1966-1967) al lado de los monárquicos, claro está, y vivió años entre los masais, los samburus y los turkanas de Kenia, donde pidió que una vez muerto dieran sepultura a su cuerpo, cosa que no han hecho.

«Después de mí vendrán los especialistas, los antropólogos, los geólogos, vendrán en coches o los abastecerán por helicóptero, mantendrán el contacto por radio. Llevarán a la civilización resultados más interesantes que los míos pero nunca conocerán, como yo, el espíritu de la tierra ni la grandeza de los árabes.» Muchos de los que llegaron, y Thesiger lo sabía, lo hicieron atraídos por sus atractivas narraciones y sus experiencias entre culturas ocultas o desconocidas. ¿Quién no siente la tentación de viajar al Territorio Vacío una vez leído Arenas de Arabia, aunque ya no sea el mismo? El mundo no es el mismo desde que me levante esta mañana. Como tampoco es posible bañarse dos veces en el mismo río, no puede el viajero galopar dos veces por el mismo desierto.

«Reliquia del pasado y fugitivo del presente —escribió el Economist de Londres en su obituario de Thesiger—, estaba convencido de que el mundo le será entregado a los perros.»

¿Había terminado la era de los descubrimientos, de los retos geográficos, cuando el noruego Roald Amundsen, desaparecido más tarde durante un vuelo de auxilio a la expedición de Nobile, plantó su bandera en el Polo Sur? Thesiger creía que no, que aún quedaban espacios vírgenes, nunca hollados por el hombre. Se fue a por ellos con el ansia y la turbación de un entomólogo que hubiera oído hablar de una rara especie de mariposa.

La naturaleza, la gente, el hombre —un hombre, una pasión, un paisaje— le interesaron siempre más que los lugares en sí y sus venerables piedras. Nunca le gustó explorar solo. Uno de los incentivos de sus descubiertas por sitios remotos fue la veneración del pasado, compartir la aventura con los compañeros de viaje y las criaturas que poblaban esos territorios, fueran beduinos, afganos, iraquíes de las marismas, sudaneses, indios, indonesios, iraníes, transjordanos, yemeníes, somalíes, kenianos, montañeses del Karakorum o marroquíes del Atlas. Perseguía la experiencia personal «con un vaso de agua cristalina» como única recompensa. Se contentaba con eso y con ponerse una venda en los ojos: «Ignoro —admitió— lo que no quiero ver», indiferente a la esclavitud, la ablación de clítoris o la bestialidad de algunas tribus. Tendía a confundir los inevitables cambios del mundo con la corrupción y el caos.

Pudo recorrer mundo a su antojo porque era rico y desprovisto de ambiciones materialistas, porque su vocación, su pasión por ver, conocer, llegar y contar, era tan grande, tan febril, que supo recoger fondos aquí y allá, de amigos, instituciones, sociedades geográficas, para sus numerosas expediciones. Un privilegiado.

Recuerdo lo mucho que me impresionó cuando a principios de los sesenta leí su libro Arenas de Arabia, que había aparecido en las librerías poco antes, editado por Penguin. Fue una revelación. Trabajaba yo por entonces como camarero en Stanford (Inglaterra), en el hotel Saint George, en la carretera hacia Edimburgo. La lectura fue un antídoto contra mis frustraciones sedentarias, que también sufrió el último explorador, claro que las mías en otra dimensión más modesta que la suya.

Aquello sonaba tan natural, tan remoto, tan sincero, sin las habituales quimeras, tan atractivo... Nunca viajó para escribir libros, pero sus recuerdos y experiencias tiraban de él con tanta fuerza que se puso a ello y lo hizo con poderoso estilo; la atmósfera, los caracteres, la atención al detalle, la evocación de una época que pasaba a la historia. Le sirvieron sus diarios, sus fotografías, sus contribuciones al Geographical Magazine y sus artículos para el periódico de la

Real Sociedad Geográfica entre 1934 y 1958, y las cartas a casa, aunque trabajó sobre todo de memoria. Era una forma de revivir lo vivido.

En 1957 se retiró a un paisaje bien distinto, Dinamarca, al hotel Park de Copenhague, para escribir Arenas de Arabia, las memorias de los 16.000 kilómetros recorridos en camello o a pie. La prosa de Thesiger, aunque un tanto arcaizante, está codos por encima de la de Bertrand Thomas o St. John Philby, los dos primeros viajeros por el Territorio Vacío, aunque en parte del recorrido se les adelantaron dos jesuitas españoles del siglo XVI. Pedro Páez y Antoni de Montserrat. Pero, como sostenían los griegos, vivir no es lo importante, lo esencial es navegar, así que Thesiger escribía, pero lo suyo, reconoció, era viajar. «La cuestión es moverse», que afirmaba Stevenson.

Thesiger hizo que yo viajara del cero al infinito de los desiertos en temperaturas que alcanzaban sobre la arena los ochenta grados. Vivía el riesgo hombro a hombro con los beduinos, censurados en el Corán y por Mahoma por su ignorancia, falsos e indignos de confianza; comía y bebía como ellos, dormía al raso o en la tienda como ellos. Eran —raza aristocrática— pícaros, avariciosos, desprendidos, gorriones, filibusteros, poetas, individualistas, cuatrerros, capaces de matar a un hombre antes que de humillarlo, libertarios, dignos, orgullosos, contradictorios, exagerados, sentimentales, reservados, simples como niños, capaces de darte su último céntimo, y no digamos de quitarte el último que te quedaba. ¿O sea, nobles, bandoleros, románticos, orgullosos, pueriles, antojadizos, con complejo de superioridad, traidores? «¿Por qué viven en el infierno?», le preguntaron a Thesiger «Porque así lo han querido».

«¿Puede haber algo más excitante, más sublime?», se preguntaba el viajero Richard Burton al hablar de los beduinos. La lucha por la supervivencia era uno de los móviles de la filosofía victoriana. Al exponerse a un clima tan extremo, a un modo de vida tan despiadado, el inglés, sobre todo el inglés, reivindica su masculinidad, su supremacía, su excelencia, su fortaleza y, digámoslo de una vez, su arrogancia imperial. Todos estos valores fueron barridos por los pozos de petróleo, por las torres de prospección, por los vehículos de motor, porque ya quedaba poco espacio para el heroísmo.

John Philby escribió en 1939:

Todo lo que quiero es paz y soledad. Son más difíciles de encontrar de lo que uno cree, incluso en el desierto... Antes no era así, pero con el motor de explosión y la velocidad, con el petróleo y el consumo, hasta el rincón más perdido tiene su valor material. Si es un terreno plano, puedes aterrizar en avión; si es montañoso o algo elevado, puede esconder oro negro.

Lawrence de Arabia terminó un poco harto de los nómadas y de sus argucias, pero Thesiger atribuyó esa cínica imagen a que El Aurens, como le llamaban, no conoció a los auténticos nómadas del desierto, sólo a los beduinos de los oasis, una raza distinta, acomodaticia, desclasada.

A fe que le costó, pero Thesiger cumpliría hasta la última regla, tan alejado del estereotipo de Rodolfo Valentino en El jeque o de Las mil y una noches en versión hollywoodense, con el código del honor de los que él llama bedus: el coraje, la lealtad, la resistencia, la hospitalidad, la generosidad. Por eso aceptaron al cristiano, al inglés infiel.

Era leal, incansable, astuto —dijo de él Salim bin Ghabaisha, uno de sus lugartenientes en las Arenas—, sin temor a nada ni a nadie. El hombre ideal para viajar con él. Nunca supimos nada de su vida, de dónde había venido ni por qué lo había hecho. Éramos beduinos y nuestra cabeza estaba vacía, pero llegamos a quererle mucho.

En su personalidad de bwana imperial, entraban en conflicto la cortesía y la agresividad, la timidez y la audacia, la brusca ternura de los tímidos y el temperamento de quien fue, desde niño, un líder natural. Dicen de los ingleses que ponen las maneras, las formas por encima de la moral. En su caso la moral era tal vez más necesaria, una moral primitiva, siempre dispuesto a comparar

la nobleza y belleza física del nativo con la vulgaridad del occidental. Pertenecía a una clase social que consideraba de mal gusto subirse a un taxi. Él mismo lo explicó en Yemen con estas palabras: «Los caballeros de verdad no viajan en coche.»

Wilfred Thesiger, el hombre que apenas sonreía, nunca buscó los bienes terrenales, que fueron los que traerían sobre esas y otras regiones intocadas el viento, el vendaval del negocio y la codicia del petróleo.

Hoy vemos con frecuencia la fútil repetición, el sucedáneo —batir marcas— de ese tipo de esfuerzos.

Wilfred Patrick Thesiger, criado con budín de tapioca y duchas escocesas, se ve a sí mismo «como el último explorador según la tradición del pasado». Nunca echó de menos la civilización occidental... hasta que volvía de las Arenas. «Tuve el tiempo justo para viajar, ver y sentir la experiencia de un mundo que se venía abajo.»

Aquel libro, a mis ingenuos diecinueve años, me abrió a un mundo lleno de pureza, de sacrificio, de aventura compartida, de compañerismo, de entrega, de ascesis en tierras inexploradas. Quiso vivir como ellos vivían. Lo consiguió, aunque no lo aceptaran del todo porque era un infiel.

«Espero —reflexionó— que nada en sus vidas se alterara con mi llegada. Por desgracia, los mapas que contribuí a crear ayudaron a otros guiados por objetivos más materialistas a corromper a unos pueblos cuyo espíritu brilló en el desierto como una llama.»

El hombre mata lo que ama, en frase de Oscar Wilde, o lo que debe amar. Pronto desembarcarían las máquinas del progreso tecnológico.

Junto con Los siete pilares de la sabiduría de T. E. Lawrence y la Arabia Deserta de Charles Doughty, tengo Arenas de Arabia como uno de mis libros de cabecera sobre esa región del planeta. Para el Asia Central me quedo con Viaje a Oxiana de Robert Byron, otro de la cosecha de Eton y Oxford, que odiaba tanto a la Iglesia católica como quería a la ortodoxa griega. Murió ahogado cuando un torpedo alemán echó a pique su barco. Un libro atractivo el de Byron, aunque trate, sobre todo, de arquitectura islámica.

Wilfred Thesiger, llamado Umbarak (el Bendito) por los beduinos, el «Veneno de los leones» en Sudán, el «Sabih» de las marismas de Irak y «El viejo elefante que marcha a su aire» en Kenia se hizo un inmenso camino al andar: recorrió a pinrel y a lomos de camello unos 160.000

kilómetros. Cuando ya no pudo más, con las piernas destrozadas de tanto andar, y fue necesaria una operación de cartílagos, preguntó al cirujano al ver su cara de preocupación:

—¿Es grave, doctor?

—Tiene descoyuntados los huesos de las piernas. ¿Cómo ha podido caminar tanto?

Thesiger bien podrá decir como Indiana Jones: «No son los años, amor, son los kilómetros.»

Una vez ensamblados los huesos, Thesiger volvió al sendero. Nadie ha podido igualar sus marcas de distancia recorrida. Philby, el padre del espía comunista que cubrió la Guerra Civil española como corresponsal en los cuarteles de Franco, fue en 1917 el primer europeo en cruzar Arabia desde el Golfo Pérsico hasta el Mar Rojo. En 1932 fue el segundo europeo que exploró, después de Bertrand Thomas, el Territorio Vacío al sur de Arabia, tan grande casi como la India, casi tres millones de kilómetros cuadrados. Esta enorme región repartida entre Arabia, Omán, Yemen, la costa de los Piratas y los Emiratos Árabes Unidos de hoy fue parte de la Arabia Félix de griegos y romanos, rica en incienso y especias, por la que pululaban las tribus conocedoras de cada duna o señal del cielo.

Eran hijos de la necesidad y una geografía imposible. Bajo sus tiendas de pelo de cabra había siempre un vaso de leche de camella, de sabor algo salado, una taza de té o de café para el viajero, quienquiera que fuera éste. Odiaban al sol y adoraban a la luna y a los espíritus de las albercas.

Wilfred Thesiger demostró que eran religiosos a su manera, aunque incapaces en ocasiones, por

su estilo de vida, de cumplir con todos los preceptos del Islam. Siempre tenían la palabra de Dios en la boca. Dios sea contigo, no hay más dios que Dios y Mahoma es su profeta, Dios es el más grande, loado sea Dios, Dios el clemente y misericordioso, Dios proveerá, que Dios te proteja, inshallá, si Dios quiere, el ojalá de los españoles.

Se habían quedado desnudos y pobres, a veces vestidos de harapos, pero con qué distinción sabían llevarlos, lejos de la prosperidad de La Meca, la ciudad más floreciente, que esperaban visitar en peregrinación para cumplir uno de los cinco mandamientos del Islam. Extendían una alfombrilla en cualquier parte, siempre en dirección a La Meca, y oraban. Un día le preguntaron al cristiano Thesiger por qué no se convertía al Islam.

—Ya no te distinguirías de nosotros.

—¡Que el diablo os confunda! —respondió el explorador, lo que provocó las risas de sus beduinos.

La región, atravesada por caravanas de camellos cargados de sal, de incienso y mirra, de café, ejerció sobre los europeos una hipnótica fascinación durante siglos. La atracción del vacío, nunca mejor dicho. Era la curiosidad excitada por el misterio, el imán de lo prohibido. Estos pueblos sacrificaban la riqueza a la libertad. «Con todas sus faltas —señaló Burckhardt—, el beduino es uno de los pueblos más nobles que he conocido. Prefiero la caótica libertad de los nómadas a la indolencia y el sádico despotismo de los otomanos. Prefiero un árabe incivilizado del desierto a un turco adornado de no se sabe qué virtudes, si es que tienen alguna.»

Con ese espíritu se embarcó Thesiger con ellos. Dicen que la imaginación sirve para viajar y cuesta menos, pero la gracia estaba en compartir esa libertad, en vivir como ellos, tan distintos, tan gentiles, tan bienhumorados, tan preocupados por el linaje, tan esnobs. Thesiger escribe que todos los árabes son esnobs. Su admirado Richard Burton señaló que miraban la muerte de cara, despreocupados de la hora final. «No son más que camelleros, nada más, siempre en lucha con otras tribus, dispuestos a morir o ser muertos. No combatían por sus hogares, por una patria inexistente, ni siquiera por su honor, porque tampoco sabían lo que era eso. Ni por su religión, sólo por su gente y sus rebaños», sentenció en 1862 el nihilista Palgrave, un jesuita de origen judío. Pero un beduino, el primero que llega a un pozo abrasado por la sed, no beberá hasta que lo haya hecho el último de los recién llegados.

A partir de 612 Mahoma dio energía, sentido a sus vidas. Era tal su fe que se lanzaron a la conquista del mundo montados en sus caballos purasangres, los mismos que llevarían a España. Desde entonces más de mil millones de personas, desde el Círculo Polar al Trópico de Cáncer, en mezquitas blancas, en mezquitas grises, en desiertos y oasis, gritan, cantan, musitan el nombre de Dios. Va de alminar en alminar, de muecín en muecín prolongado en temblorosas modulaciones. El nombre de Dios aparece grabado en arabescos de mármol y en raquílicas paredes de adobe. Fue también la cuna del Islam y el corazón del Imperio musulmán, que en un tiempo abarcó desde los Pirineos, que apenas traspasaron detenidos por Carlos Martel en la batalla de Poitiers, hasta los límites con China. Cumplieron así con la petición de Mahoma: «Buscad el conocimiento hasta los confines de China.» El fanatismo de los pobladores de Arabia tan sólo sirvió de acicate a los europeos más bragados, dispuestos a romper las barreras, a desvelar el misterio y a «rasgar el velo islámico», como prometió Napoleón que haría al invadir Egipto. Fue el velo el que rasgó al emperador corso. Venía a liberarlos, derrotó a los mamelucos y no lo quisieron. Occidente ha aprendido poco desde entonces, véase lo que ocurre en Irak cuando escribo estas páginas.

Wilfred Thesiger no fue el primero, no tenía edad, pero sí el más persistente en trotar con sus camellos por esta inhóspita región del diablo del eterno silencio. Arabia no puede explicarse sin el camello, el «regalo de Dios» como le llaman los beduinos. Ortega y Gasset habla de las 5.000

maneras que los árabes tienen de describir y llamar al camello. Rub' al-Khali, el Territorio Vacío, fue hace miles de años un edén con agua a espuestas, plantas, animales, hasta que el mundo sufrió una brusca transformación. Lo que era verde se convirtió en arena, en secarral, en guijo y canto rodado, en matorral espinoso.

Hace 5.000 años que el camello fue importado a Arabia desde el Asia Central para proporcionar movilidad a las tribus. El camello de carga o de guerra ve de noche sin necesidad de rayos infrarrojos. Es capaz de cerrar sus fosas nasales en cuanto descarga una tormenta de arena. Se lo ha dado todo a los nómadas: el transporte, el pelo para tejer, la orina como purgante o para lavar el pelo o limpiar las heridas; la leche tan rica en vitaminas, la piel para levantar las tiendas, el excremento como combustible, la carne como alimento, el agua del estómago para apagar la sed en caso extremo. Puede abreviar hasta 20 o 30 litros diarios de agua y en circunstancias especiales hasta 130 litros. Vive entre 35 y 40 años y puede recorrer cargado 150 kilómetros en 15 o 20 horas.

El desierto era un libro abierto para quien quisiera leerlo. Cuenta Tomeu Pons en Arabia y los Emiratos del Golfo que un beduino se encuentra con otro y le pregunta:

—¿Has visto un camello perdido por aquí?

—¿Cojo de la pata derecha?

—Sí.

—¿Tuerto del ojo izquierdo?

—Sí.

—¿Y con la cola cortada?

—Sí, ¿dónde está?

—No lo sé, no lo he visto.

—¿Cómo es posible que no lo hayas visto si acabas de describirlo?

—Lo que yo he visto eran sólo las huellas de un camello, que por su irregularidad he notado que cojeaba de la pata derecha. Al ver mordisqueados los arbustos de la parte derecha, he supuesto que no veía del otro ojo. Y al no estar los excrementos esparcidos por el movimiento de la cola, he supuesto que no la tenía. Pero no he visto al animal, no.

En Sudán, Thesiger montó broncos camellos; en Arabia, camellas, más resistentes, fieles y dóciles.

«Thesiger es el último de los grandes viajeros entre los árabes», escribió Sir John Glubb, el fundador de la Legión Beduina en Jordania. «Es nuestro gran explorador vivo, una leyenda», le saludó hace ya años el Times de Londres.

Lo fue, un mito, porque salió con vida del Territorio Vacío, que atravesó dos veces a pie y en camello, de las marismas de Irak, del Sáhara y Sudán, de los dominios de los afar-danakiles.

Salió bien librado de todas las pruebas a que se sometió a sí mismo. Sin los beduinos, sus bedus, y su culto a la caballerosidad y a la virilidad como en su colegio de Eton («está enamorado del “vacial macho”»), escribe un crítico, esos viajes hubieran sido, reconoció, «un padecimiento sin sentido». Vivió meses sin otro alimento que la leche de camella y manojos de bayas y verdolagas.

Nunca se dio cuartel. Como explorador, cazador y hasta soldado de la Pax Britannica, cuando su patria le necesitó, sudó la camiseta como se dice de los honrados jugadores de fútbol. Nada de concesiones. Persiguió al león que le había atacado dieciséis veces por las tórridas llanuras de Sudán. A pie. Del momento en el que el león y el cazador se encontraron por fin frente a frente, escribió: «Estaba convencido de que algún día me mataría un león. Nunca pensé que mi buena suerte durara mucho.»

Que le quiten lo bailado, la voluptuosidad del esfuerzo, al explorador, médico aficionado, fotógrafo (como Lawrence de Arabia), arabista, poeta, cartógrafo, gran cazador, coleccionista de

insectos y pájaros, administrador colonial, amigo de sultanes y emperadores y de humildes beduinos; al guerrillero, al boxeador al que en un combate de los pesos ligeros rompieron la nariz de un puñetazo en Oxford. «El boxeo era el único deporte en el que valía para algo», escribe en su autobiografía *The Life of my Choice*. «Sentía una salvaje satisfacción al boxear. No era consciente del dolor, ni siquiera cuando atronaban mis oídos, rompieran mi nariz o partieran los labios.»